

Presentación de *Tras los murmullos. Lecturas mexicanas y escandinavas de Pedro Páramo*  
Anne Marie Ejdesgaard Jeppsen (coordinadora)

Por Alejandro Toussaint

Casa Universitaria del Libro  
México, D.F.  
20 de mayo, 2010.

Agradezco a la Fundación Rulfo, al arquitecto Víctor Jiménez, a Jorge Zepeda y a los integrantes de la mesa. Es un honor para mí, principalmente como lector de Juan Rulfo, poder compartir palabras y pensamientos con todos ustedes.

Hace un año tuve la fortuna de editar el número 16 de la revista *Mexicanísimo*. Fue el primer número temático de nuestra edición que dedicamos por completo a una persona. Conmemorando el aniversario número 92 de su nacimiento decidimos rendir un homenaje al, quizá, más importante escritor mexicano de todos los tiempos: Juan Rulfo.

Ese número significó para mí un encuentro inesperado con el universo que gira en torno a Rulfo. Tuve entonces la fortuna de visitar las oficinas de la Fundación Juan Rulfo y en primera instancia quedé fascinado ante el fetiche: estaba en la que fuera la última residencia de Rulfo y ahí estaba la Remington Rand en la que escribió *Pedro Páramo*. Pero una vez pasado ese encantamiento inicial mundos mucho más significantes comenzaron a abrirse. Gracias al apoyo de la Fundación tuve la oportunidad de conocer una gran parte del material fotográfico de Rulfo; cada imagen una experiencia estética en sí, pero que a la vez deja que se asome el imaginario que Rulfo tenía y parte del cual puede percibirse en sus cuentos y novela.

Después, con las colaboraciones de Alberto Vital, Douglas Weatherford, Eduardo Antonio Parra, Genaro Zenteno Borquez, Jorge Zepeda, Juan Francisco Rulfo, Julio Moguel, Othón Téllez, Paulina Millán y Víctor Jiménez logramos presentar una pequeña parte de las muchas facetas de Rulfo y su obra, aunque, inevitablemente, mucho más se quedó en el tintero.

En aquel número publicamos el breve artículo “Contra Babel. Rulfo en distintos idiomas”, en el que mostrábamos al lector 31 de las portadas de los libros de Rulfo publicados en idiomas extranjeros, incluidas las primeras tres de *Pedro Páramo*, traducido al alemán y publicado en 1958 por la editorial Carl Hanser Verlag, y las portadas de 1959 de la traducciones al francés y al inglés por Gallimard y Grove Press, respectivamente.

Hoy en día la obra de Rulfo se ha traducido a más de 50 idiomas, lo cual es un signo de su trascendencia e importancia dentro de la literatura universal. Más allá de las

problemáticas que conlleva traducir una obra (sobre las cuales habla Annette Rosenlund, segunda traductora de *Pedro Páramo* al danés), tal vez lo más relevante sobre el hecho de las traducciones es el “lector” que puede acceder al texto. Al transgredir las barreras del idioma el libro y el mundo en el que originalmente estaba inscrito entran, a partir de nuevas lecturas e interpretaciones, en un diálogo que los multiplica y enriquece. Una muestra de ello es uno de los dos libros que hoy nos compete: *Tras los murmullos. Lecturas mexicanas y escandinavas de Pedro Páramo*.

Dos mundos tan aparentemente opuestos como el calor y el frío establecen puntos de convergencia. *Tras los murmullos* pone de manifiesto lo que la literatura, en general, y *Pedro Páramo* y Juan Rulfo, en particular, hacen posible: el encuentro de cosmovisiones distantes y lejanas en el espacio y en el tiempo de la historia. En este caso, nuevas voces murmuran alrededor de Comala: danesas, noruegas, islandesas, suecas, españolas, finlandesas, pero también del México prehispánico y otras más que se agregan como inevitables accidentes. Son voces que provienen de distintos lugares: del interés del joven Rulfo por la literatura escandinava, de la misma literatura extranjera que encuentra ecos (y murmullos) en Rulfo y de las interpretaciones y lecturas que se hacen posibles. Vemos aquí aparecer a la literatura más allá de la lengua y sus particularidades, de las fronteras entre idiomas y culturas; es la literatura como una manera de comprender el mundo, la vida y la muerte, para acercarse a las diferentes dimensiones de lo humano, o, de otra manera, la literatura como el paso de la vida al lenguaje.

En *Tras los murmullos* Marianne Egeland, de la Universidad de Oslo, y Martin Zerlang, de la Universidad de Copenhague, hacen una lectura del parentesco entre los universos de la obra de Rulfo con autores escandinavos, a los cuales Rulfo reconoció como los autores predilectos de su juventud y quienes tuvieron una gran importancia para él, como Knut Hamsun, J.P. Jacobsen, Bjørnstjerne Bjørnson, Selma Lagerlöf, Haldor Laxness y Frans Emile Sillanpää. Y en estas conversaciones aparecen además otros referentes de la literatura universal, donde una vez más ésta se separa de su contexto original y funciona como una manera de dirigirse al encuentro con la vida y el mundo. Se mencionan, por ejemplo, referencias a la *Odisea*, García Márquez, T.S. Eliot, James Joyce, Borges, Julio Cortázar, Juan Carlos Onetti, José Revueltas y Elena Garro, donde lo que se pone en juego, más allá de las temáticas y mundos particulares, es la existencia misma.

Uno de los elementos que entran en este diálogo es el paisaje como parte activa del discurso literario. En una primera mirada, la Comala de la canícula, la que es “la boca del Infierno”, está absolutamente lejana de las tierras nebulosas, generalmente nevadas, frías,

melancólicas y nostálgicas del norte de Europa. Sin embargo, en el espacio literario se produce un movimiento en que el lugar se despoja de su referente directo y dejan de ser los mismos para entrar en el espacio simbólico donde transcurren lo trágico, la desesperanza, la soledad, las situaciones límite: la vida y la muerte... En esta creación del paisaje confluyen Rulfo y los autores escandinavos al hacer una especie de no-lugar, el paso de la dimensión fáctica a la simbólica.

A partir de ese espacio se genera un entramado de situaciones, problemáticas y sensaciones que parten de la vida y la trascienden hasta alcanzar la literatura, pero que al mismo tiempo parten de la literatura y la trascienden hasta alcanzar la vida. Leer y escribir no son cuestiones menores y menos aún cuando se trata de obras que conectan con una infinidad de dimensiones, pues el libro plantea y enfrenta al lector con el problema de su propia existencia, de su concepción y percepción de la vida y en muchas ocasiones se rompen los paradigmas establecidos. Siempre hay una especie de metamorfosis, por pequeña que sea, después de leer un libro. Cabría incluso preguntarse si la literatura es un reflejo de la historia y de su tiempo o, bien, si sucede todo lo contrario.

Es claro que *Pedro Páramo* no es un libro sobre una anécdota del México rural de mediados del siglo pasado. Es mucho más. De la misma manera que muchos de los grandes libros de la historia de la literatura universal, plantea para el lector, sin importar la nacionalidad, los problemas de la temporalidad, el lenguaje, las diferentes visiones del mundo, la religión, las creencias, el bien y el mal, las clases sociales, lo rural y lo urbano, los límites entre la realidad y el sueño, las estructuras de poder, la violencia, la búsqueda del sentido, los mitos, la soledad, el sentimiento trágico de la vida, las experiencias, la concepción de la realidad, la muerte y el “más allá” de la muerte.

Ahí se sitúan los artículos que conforman *Tras los murmullos*. Por ejemplo, Marianne Egeland en el artículo “Murmillos mexicanos” afirma que “la novela puede leerse como un estudio de la existencia humana y de cómo entendemos la vida en general. El sentimiento de estar rodeado de un mundo inexplicable y sin sentido, sin ninguna relación superior, y que existen partes sueltas e independientes codo con codo en un todo caótico, se comunica tanto a través del contenido como de la forma. Visto de esta manera, *Pedro Páramo* es realista”. O bien, lo que hace Martin Zerlang, en el artículo “Juan Rulfo y la literatura de los países nórdicos”; siguiendo sus propias palabras, es “esbozar las razones y las realizaciones del parentesco entre el universo de Rulfo y el tono melancólico de J.P Jacobsen, el motivo de la vida campesina de Bjørnson, las tensas personalidades puestas en situaciones límite de Hamsun, y la comunicación entre vivos y muertos en la obra de Lagerlöf”. Víctor Jiménez,

en el artículo “Una estrella para la muerte y la vida” incursiona en las dimensiones simbólicas de la novela de Rulfo a partir de Venus, la estrella de la tarde (o el lucero de la mañana) y de la concepción del Mictlan, el lugar de los muertos en la cosmovisión prehispánica. Ángel Alzaga, en el artículo “Ya de por sí la vida se lleva con trabajo”, lee *Pedro Páramo* desde distintas nociones del concepto del tiempo y desde el tema de la religión y el poder, aunque también podría decirse que a partir del libro de Rulfo replantea dichas problemáticas.

Como bien indica Egeland citando a T.S. Eliot sobre el *Ulises* de Joyce, *Pedro Páramo* es un libro que no puede leerse, sino releerse. Y el lector de *Tras los murmullos* encontrará en cada artículo no sólo un buen pretexto para llevar a cabo la relectura, sino muchos elementos que la enriquezcan.

Para terminar, me gustaría hacer un breve comentario al margen a propósito del título “Los murmullos” y del lenguaje en *Pedro Páramo*. Durante los sesenta y setenta del siglo XX pensadores franceses como Michel Foucault, Gilles Deleuze y Maurice Blanchot plantearon una reflexión filosófica a partir de la literatura. Tomando como punto de partida a Sade y Hölderlin proponen el espacio literario como el lugar para descentralizar el lenguaje, para transgredir el poder del discurso y romper con una tradición filosófica, a saber, la del logocentrismo. Aquí la palabra se mueve al margen, al afuera, y esto pone en tela de juicio no sólo conceptos literarios y psicológicos como el “narrador” y el “yo”, sino conceptos pertenecientes a otros ámbitos, como el consumo, el trabajo, los sistemas de producción y todos aquellos que se colocan en el centro, de la misma manera que el ojo del panóptico. De lo que se trata aquí es de la experiencia en la que el sujeto va al encuentro de su propia finitud y bajo cada palabra se ve remitido a su propia muerte. Deleuze lo llama rizoma, espacio liso, cuerpo sin órganos; Foucault el pensamiento del afuera; Blanchot el espacio neutro. Esta experiencia se ve ejemplificada en Mallarmé, cuando el lenguaje aparece como despido de lo que nombra (en *Igitur* o en *Una tirada de dados*); en Antonin Artaud cuando todo el discurso es desprendido de sus formas en la violencia del cuerpo y el grito; en Georges Bataille, cuando el pensamiento deja de ser discurso de la interioridad y se convierte en subjetividad rota, en lenguaje de la transgresión; en Pierre Klossowski con la experiencia de la multiplicación teatral. Todo esto viene a cuento porque justamente califican a este lenguaje del afuera como un canto de sirenas, un “murmullo infinito”, donde el lenguaje es libre de todo centro, o donde todo centro es movido hacia la periferia a través de los murmullos. Me parece que esta experiencia también se da en *Pedro Páramo*, un libro en el que la desaparición del narrador central deja que el discurso se fragmente, que pone en jaque a los poderes establecidos, donde el autor se entrega a la fascinación de la ausencia de tiempo y,

más allá de los murmullos en los que dialogan los personajes, aparece ese murmullo infinito, posibilidad de todo lenguaje. Es aquello que trasciende los idiomas y que hace decir a Marcel Proust que "los libros hermosos están escritos en una especie de lengua extranjera".